

## Entre la empleabilidad y las economías callejeras. Una mirada etnográfica desde una política de juventud

Paula Isacovich\*

RESUMEN: Este artículo presenta resultados de una investigación doctoral finalizada sobre la producción social de juventudes y políticas de juventud en un barrio popular del sur de la Ciudad de Buenos Aires. La discusión que abordo parte de recuperar la centralidad que los estudios en la temática otorgaron a la cuestión del empleo. Sobre la base de datos elaborados en el marco del seguimiento etnográfico de una política de formación laboral orientada a jóvenes, sostendré que para comprender las relaciones entre jóvenes y políticas estatales no bastan los modelos asociados a instituciones como el trabajo asalariado porque otras opciones de vida están configurando la juventud y –desde esas mismas relaciones– también las políticas. Propongo dar cuenta de economías populares situadas. Ello implica atender a las posibilidades de acceso al consumo, a los sueños, a las violencias cotidianas. Así, se iluminan sentidos y tensiones en torno a la regulación y también resistencias diarias de jóvenes y trabajadores de políticas de juventud, mujeres y varones.

*Palabras claves: jóvenes, trabajo, etnografía*

ABSTRACT: This article presents results of a finished doctoral research on the social production of youths and State policies for young people in a working-class neighborhood in the south of Buenos Aires City. The discussion that I approach part of recovering the centrality that previous studies gave to the employment issue. Based on our own ethnographic data, I will argue that in order to understand the relations between young people and State policies, the models associated with institutions such as salaried work are not enough because other life choices are shaping both youth and policies. I propose to account for popular economies localized. This means considering the possibilities of access to consumption, to dreams, to daily violence. Thus, they illuminate senses and tensions around the regulation. And there is also captured daily resistance of both young people and State workers, women and men.

*Key words: young people, work, ethnography*

## 1. Introducción

La cuestión juvenil ingresó sostenidamente en la agenda pública y académica argentina desde fines de los años '90. Asociada a temas como el desempleo y la "empleabilidad", a las modalidades de acción política o bien al delito callejero y al problema de la seguridad ciudadana (Gentile, 2017; Jacinto, 2010; Vázquez, 2015).

Aun cuando los temas y abordajes han sido diversos, lo dicho se relaciona con la manera en que los y las jóvenes, en especial aquellos provenientes de sectores populares, han sido interpelados por políticas sociales específicamente orientadas a este grupo etario, las cuales privilegiaron desde hace más de dos décadas el fortalecimiento de las posibilidades de inserción laboral, en especial por medio de componentes educativos (Jacinto, 2010).

En ese marco, la discusión académica sobre políticas de juventud enfocó la cuestión del trabajo ya sea como objetivo de los dispositivos, asociado a la "inclusión" y/o a la movilidad social ascendente; como expectativa o meta de los y las jóvenes, o bien como universo de sentido sobre la base del cual ellos y ellas se vinculan con las políticas sociales. Uno de los enfoques se sustenta en la teoría de la heterogeneidad estructural (de Raúl Prebisch)<sup>1</sup> y considera que en países con desarrollos capitalistas dependientes como la Argentina, los jóvenes que viven en condiciones de pobreza, se ven expuestos a la posibilidad del desempleo y la precariedad laboral, resultando en "riesgo de marginalidad social" (Salvia, 2013; Van Raap, 2010). Estos estudios cuestionaron las perspectivas de impacto de las políticas orientadas a promover la inserción laboral de jóvenes, porque no logran promover el acceso al "trabajo decente"<sup>2</sup>.

Otro enfoque se apoya en la teoría de la juventud como etapa de transición a la vida adulta, que supone un tránsito de la dependencia a la autonomía en términos laborales, económicos, habitacionales y de formación de una familia/hogar propio (Casal, García, Merino y Quesada, 2006). Desde esta mirada, las políticas "intervienen en la transición" aportando a fortalecer la "subjetivación" y transfieren a los jóvenes "capital social". Ello en ocasiones permite a los jóvenes acceder a empleos "de calidad" (Jacinto y Millenaar, 2010), aunque en términos generales la mayoría de los dispositivos reproducen las condiciones socioeconómicas de origen, signadas a su vez por desigualdades de género (Millenaar, 2010).

Mientras que los primeros estudios colocan el foco en las condiciones estructurales en las cuales se produce el desempleo juvenil y las políticas de juventud, los segundos atienden a las instituciones, en sentido amplio (familia, trabajo, hogar) y también aquellas en las cuales se despliegan políticas de formación laboral para jóvenes. Y todos ellos evidencian una extendida preocupación por el acceso de los y las jóvenes a un trabajo asalariado, ligado a un ideal de empleo estable, formal y socialmente protegido, sintetizado en la noción de "trabajo decente". Con este objetivo—que recupera lineamientos de acción y evaluación de la OIT, replicados por agencias de gobierno locales—, se evalúan las políticas de acuerdo a si mejoran o no las posibilidades de los y las jóvenes. En tanto que las experiencias juveniles se exploran para analizar tanto esos efectos como las expectativas y actitudes que expresan, evaluando si favorecen o no una trayectoria laboral "exitosa".

Así analizado el tema, los sujetos quedan reducidos a una categoría de exclusión e intervención estatal que no alcanza a captar sus posibilidades de agencia ni las maneras particulares en que esa “exclusión” es vivida. Y la politicidad de las acciones juveniles queda en la sombra.

En este artículo quiero contribuir a esa discusión sosteniendo que las relaciones que se establecen entre jóvenes y políticas estatales no alcanzan a comprenderse desde modelos asociados a instituciones como el trabajo asalariado porque otras opciones de vida (y de trabajo) están configurando los modos de vivir la juventud y – desde esas mismas relaciones– también las políticas. Para ello recupero un enfoque sobre el neoliberalismo propuesto por Gago (2014), quien discute su reducción a una doctrina de política económica y administración pública impulsada desde organismos internacionales, para reinterpretar el proceso examinando mutaciones en distintos niveles. La autora se apoya en la noción foucaultiana de “gubernamentalidad” para sostener que el neoliberalismo se comprende mejor como “un conjunto de saberes, tecnologías y prácticas que despliegan una racionalidad [de gobierno] de nuevo tipo que no puede pensarse sólo impulsada “desde arriba” porque su innovación consiste, más profundamente que en las políticas que usualmente se refieren con el término, en una forma de gobernar por medio del impulso a las libertades” (Gago, 2014: 9-10).

Así definido este “neoliberalismo desde abajo”, permite captar las formas de resistencia cotidiana que se imbrican en una proliferación de actividades tales como las ferias, la producción textil, la autoconstrucción y otras, presentes en las economías villeras, signadas por la informalidad. Lo que señala Gago es que esa economía informal instituye realidades productivas (como las que se evidencian en la proliferación de grandes ferias y edificaciones de ladrillo) y posibilidades de progreso. Al mismo tiempo, advierte que aquel impulso por medio de las libertades habilita formas de resistencia y por ello permite pensar al “neoliberalismo” como arena de conflictos sociales, de luchas políticas (Gago, 2014). Recuperando estas contribuciones, en este artículo busco mostrar algunos modos en que las resistencias cotidianas hacen a la configuración de las políticas.

Los datos aquí presentados fueron elaborados en el marco de la investigación etnográfica que dio sustento a mi tesis doctoral, la cual versó sobre la producción social de políticas y juventudes en el Bajo Flores, barrio popular del sur de la Ciudad de Buenos Aires<sup>3</sup>. La etnografía se centró en Aprender a Trabajar<sup>4</sup>, una política de formación laboral basada en talleres de oficios que al inicio de mi trabajo de campo llevaba en el barrio veinte años continuados.

El trabajo de campo realizado en el Bajo Flores me permitió advertir numerosos sentidos que se anudaban en torno a las acciones políticas con jóvenes que se desplegaban allí. Entre ellos destacaban los debates e intentos en torno a la necesidad de generar trabajo remunerado para los *chicos y chicas*<sup>5</sup>. En torno al trabajo político, al *trabajo* y al dinero se anudaban expectativas, posibilidades, experiencias (algunas frustrantes o violentas) y aprendizajes. En este artículo, me interesa enfocar estos sentidos para analizar dimensiones relevantes de la producción de las políticas y la vida de los y las jóvenes, tal como pude aprehenderlas. Para ello, examinaré de cerca las posibilidades de *trabajo* y de acceso al dinero que vislumbran los y las jóvenes

desde el barrio, o bien las que sueñan, dando cuenta de un mundo de sentidos que desborda la cuestión de la formalidad y la estabilidad laboral, aunque no la desdena.

Luego daré cuenta de un esfuerzo permanente de regulación y producción de normas que se asientan en una mirada dicotómica según la cual a los jóvenes del Bajo Flores se los supone en la necesidad de optar entre dos caminos, que se presentan como separados y contrapuestos. Así, las políticas se estructuran cotidianamente para orientar a los chicos, en especial a los varones, a optar por el camino del *trabajo*. Pero en la promoción de esa “opción”, aún cuando se pueda reivindicar el empleo asalariado, se advierte más nítidamente cómo las experiencias, expectativas, posibilidades, aprendizajes, los sueños, inciden sobre los sentidos de *trabajo* y con ello sobre las configuraciones específicas de ciertas políticas de juventud. Relacionadamente, buscaré alumbrar modos en que los y las jóvenes disputan posibilidades de vida en condiciones de desigualdad.

## **2. Ferias, changas, obras y otros quehaceres. El universo de posibilidades en el que se insertan, las vidas de los sectores populares y las políticas de juventud**

El Bajo Flores es una zona amplia del sur de la Ciudad de Buenos Aires, compuesta por distintos complejos de viviendas sociales y por la Villa 1-11-14, una de las más extendidas y populosas de la ciudad.

Dimensionar las posibilidades y dificultades de trabajo y de acceso al dinero que enfrentan sus habitantes resulta un desafío complejo. Los datos estadísticos muestran que los barrios del sur de la Ciudad de Buenos Aires alcanzan indicadores laborales y económicos más desfavorables que los del norte. Evidencian menor nivel de actividad económica, mayor cantidad de niños y ancianos por cada trabajador activo, mayor informalidad laboral e ingresos monetarios por debajo del promedio de la urbe. Distintas fuentes como los Censos Nacionales o la Encuesta Permanente de Hogares realizados por los organismos oficiales de estadística nacional y de la Ciudad de Buenos Aires, respectivamente, abonan la lectura de que las condiciones se agravan para los y las jóvenes (Cravino, 2006; CEDEM y DGEyC, 2014).

A su vez, los datos estadísticos resultan limitados en un contexto en el cual la actividad informal, e inclusive ilegal, es como mínimo importante en términos comparativos respecto de la actividad formal y asimismo, frecuentemente, la actividad informal resulta subregistrada. Por ello (y secundariamente por razones de espacio que obligan a la síntesis), omito detallar aquí datos cuantitativos y en cambio presento datos etnográficos, los cuales permiten captar otra densidad de características de la economía barrial.

En el Bajo Flores se sitúa Aprender a Trabajar, donde jóvenes de zonas alejadas asisten a diario para participar de talleres de oficios tales como Mecánica automotriz, Construcciones, Electricidad, Diseño gráfico, entre otros. Durante mi trabajo de campo, los talleres organizaban a los y las jóvenes de acuerdo al oficio y a su edad: quienes tuvieran entre 13 y 18 años asistían por las mañanas, de lunes a viernes, entre las 8 y las 12 hs. En ese horario también cursaban Lectoescritura, Ciencias, Derechos Humanos y Orientación Laboral. Además, al atardecer se realizaban ta-

lles para jóvenes que hubieran superado los 18 años de edad. Ellos y ellas aprendían distintos oficios en una clase semanal y una tarde por semana confluían en un taller común de Orientación Laboral. En total trabajaban allí aproximadamente veinte trabajadores estatales, y asistían entre sesenta y ochenta jóvenes.

Aprender a Trabajar había surgido entre mediados y fines de la década de 1980, de las acciones impulsadas por un conjunto de personas que buscaban trabajar y también realizar alguna práctica política, al retornar del exilio al que se habían visto forzados durante la última dictadura militar. Para ello, establecieron acuerdos con la entonces Intendencia de la Capital Federal (actualmente denominada Ciudad Autónoma de Buenos Aires) y también con vecinos y trabajadores de políticas estatales del Bajo Flores, para utilizar un edificio estatal que se hallaba disponible. Cuando inicié la investigación, a fines de 2009, el Bajo Flores y Aprender a Trabajar habían cambiado notablemente pero la impronta militante de sus fundadores y el carácter de política estatal seguían modelando tensamente las acciones y las relaciones sociales que pude observar.

Llegar a Aprender a Trabajar suponía atravesar decenas de actividades económicas que sucedían día tras día en las calles del barrio. El primer impacto lo generaba el tumulto de personas, mayormente hombres, que esperaba en una esquina determinada la llegada de vehículos que reclutaran trabajadores para actividades del rubro de la construcción o bien para talleres textiles. En las inmediaciones de aquella esquina había no menos de cinco puestos de venta de alimentos cocidos, los cuales se calentaban en carritos rodantes para alimentar al paso a habitantes del barrio que en muchos casos carecen de la posibilidad de cocinar en sus viviendas. También había paños dispuestos sobre el suelo para la venta de productos usados –indumentaria en primer lugar–, y también un negocio polirrubro que ocupaba varios metros cuadrados de vereda con cochecitos de bebés, colchones, muebles y otros productos exhibidos para la venta. Otro rubro visible era el de las remiserías, que da cuenta de la escasa circulación por el barrio de transportes públicos de pasajeros como los autobuses, en especial en horarios nocturnos.

Con ese mundo de rebusques callejeros soñaba Gabriel, un joven de dieciséis años, quien asistía regularmente al taller de Mecánica automotriz con el fin de, en un futuro cercano, “ponerse su propio taller”. Le pregunté dónde pensaba situarlo y me respondió algo que me resultó casi evidente: en la calle. También Piki, uno de los ex alumnos de Aprender a Trabajar que solía frecuentar los eventos festivos y visitar la institución, tenía una *changa*<sup>6</sup> callejera: lavaba autos.

A la economía informal de las calles le correspondía otra de las penumbras, como era el caso del taller de costura en el cual trabajó Rosa, una de las alumnas de los talleres del turno tarde. Tenía veintiún años, una hija pequeña y había migrado desde Bolivia. Así lo contó una tarde:

*“Me dijeron que iba a tener que limpiar y doblar en un taller. Me dijeron el sueldo que me iban a pagar y era bueno(...) A veces me quedaba hasta las 2 de la mañana para doblar algo. Mis amigas me decían que me fuera, que me saliera. Pero el señor me mostraba por la ventana cómo le estaban robando a un paisano para amenazarme. Hasta que una amiga me sacó...”*

Esa economía no estaba disociada: los productos que se comercializaban en los puestos y las ferias callejeras del barrio, en especial los textiles pero también otros como copias no autorizadas de películas y temas musicales, provienen de talleres textiles y otros emprendimientos productivos “clandestinos” radicados en las villas de la ciudad (Gago, 2014).

El trabajo en el marco de políticas e instituciones estatales era otra posibilidad en la que habían logrado insertarse varios de los sujetos con quienes interactué en el campo. En primer lugar, es el caso de los trabajadores y las trabajadoras de Aprender a Trabajar. Algunos de ellos habían sido antes ex alumnos, o bien madres de alumnos o alumnas. Mientras que unos trabajaban en relación de dependencia, con aportes jubilatorios y obra social, otros lo hacían bajo modalidades más flexibles, como contratos de locación de servicios. Tal era el caso de Mario, quien había sido alumno de Electricidad, Herrería y Periodismo durante su adolescencia y en 2010, con veintiséis años, estaba a cargo del taller de Herrería en el marco de un contrato de trabajo formal. Aquel año, Mario faltó a trabajar casi tan cotidianamente como muchos de los alumnos faltaban a las clases y, entre otras preocupaciones que algunos de sus compañeros de trabajo expresan sobre él, comentaron que posiblemente estuviera consumiendo *paco*<sup>7</sup>. Sus alumnos, en tanto, protestaban por su inconstancia y lo cuestionaban, lo confrontaban cada vez que asistía. El vínculo se fue debilitando con el correr del año y por momentos el taller se sostenía por la colaboración de Manuel, otro ex alumno que se hacía cargo de explicar técnicas y procedimientos del oficio herrero, y también de supervisar los trabajos y el uso de herramientas.

Entre quienes asistían a los talleres, aquellos que más experiencia o interés en trabajar exhibían eran los de mayor edad: Rosa, la joven boliviana que mencioné más arriba o Aldana, que ingresó a los veintitrés años en una escuela secundaria del barrio como celadora tiempo después de haber culminado sus estudios secundarios. Aldana tenía dos hijos y recientemente se había separado del padre de ambos. Se fue con los niños a la casa de su madre, una de las trabajadoras del comedor de Aprender a Trabajar. También Manuel, que hacía changas de albañilería y pintura, además de ocuparse del taller de Herrería ante las ausencias de Mario. Gloria, quien limpiaba viviendas particulares, algunas de las cuales eran habitadas por trabajadores de políticas de juventud. Y los chicos del taller de Electricidad, que estaban trabajando en domicilios particulares del barrio, supervisados por el docente del taller.

De las mujeres mencionadas, Gloria era la única que no tenía hijos. Las demás lidiaban con las responsabilidades propias del cuidado, apelando a jardines maternales en algunos casos y a la ayuda familiar de otras mujeres en otros. Otras mujeres, en cambio, como Andrea, rehusaban dejar a sus hijos para salir a trabajar. Algunas trabajadoras de Aprender a Trabajar sospechaban que Andrea estaba sufriendo maltratos por parte de su marido, ella por su parte evadía conversar sobre ese tema. La Asignación Universal por Hijo<sup>8</sup> resultaba para ella un alivio económico que eventualmente le permitía comprar ropa o calzado para sus dos hijos pequeños. Aldana era –en la mirada de las trabajadoras sociales de Aprender a Trabajar– el contraejemplo: gracias a su trabajo como celadora, y al apoyo de su madre, había logrado dar por finalizada una relación de pareja que había derivado en tratos violentos en el último tiempo.

Quienes aún no habían cumplido la mayoría de edad podían apelar a políticas estatales de *pasantías* subsidiadas. Ese fue el caso de Noemí, quien por intermedio del Programa Reconstruyendo Lazos trabajó como lavacopas en una pizzería durante unos meses<sup>9</sup>. Ella se manifestaba contenta con la tarea a diferencia de Pedro, quien también trabajó en el marco del mismo programa pero no compartía una evaluación favorable de esa experiencia. Él había iniciado la *pasantía* con cierta resistencia. Le ofrecieron trabajar en el Zoológico de la Ciudad, lo que implicaba trasladarse al barrio de Palermo, situado a unos treinta minutos de viaje en transporte público, cuatro días a la semana en horas de la mañana, y pese a la insistencia de sus docentes, Pedro rechazó la oferta alegando que no quería ocupar el horario matinal para no dejar de asistir a Aprender a Trabajar. A ello agregaba: “*¡es que a la mañana no puedo! Aparte, no me levanto para venir acá, no me voy a levantar para ir a trabajar.*”

Las políticas estatales aportaban en otros casos becas de ayuda escolar y también viviendas transitorias, como le sucedía a Ernesto, quien vivía en un departamento del Consejo de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes<sup>10</sup>. Ernesto había llegado al Bajo Flores varios años atrás, cuando tenía catorce años de edad, vivía en la calle y había sido detenido por tenencia de marihuana. Entonces, empleados del “Consejo de Derechos” lo llevaron a Aprender a Trabajar, según me relató: “*...ellos me trajeron para acá. Porque supuestamente yo tenía que vincularme*”. Al inicio la asistencia de Ernesto era discontinua pero en el año 2010 cursó su último año de Herrería por la mañana, mientras que por la noche procuraba completar la escuela secundaria y con el dinero que recibió por una beca de ayuda económica para estudiantes se compró una moto, que usaba para trabajar como repartidor de pizzas. Según me comentó en alguna de varias conversaciones que mantuvimos, Ernesto tenía interés en tener un sueldo fijo.

La circulación por el barrio me permitió vislumbrar numerosas actividades económicas que se despliegan total o parcialmente en las calles. La mayoría de ellas de manera informal, aunque no todas: los padres de algunos chicos y chicas con quienes me vinculé trabajaban como recolectores de residuos o barrenderos en una empresa privada concesionaria del Gobierno de la Ciudad en marcos de relaciones salariales. También la madre de Pedro trabajaba en relación de dependencia en un hospital cercano; en tanto que otros padres oficiaban de obreros de la construcción (de manera registrada o no, alternativamente).

No obstante los casos mencionados, la mayoría de las actividades que observé en el Bajo Flores, y en especial aquellas a las que accedían los jóvenes –aunque no todas–, escapan a las regulaciones protectoras del trabajo que configuran los esquemas de seguridad social en nuestro país. Tampoco requieren de estudios formales extendidos a niveles superiores. Y en su mayoría también se encuentran entre las menos rentables del mercado laboral. Asimismo, como ya señalé, resulta muy significativa la productividad de *la calle*, donde suceden actividades económicas de manera total (como el lavado de autos) o parcial (como la venta ropa o discos copiados, entre otros rubros).

Pese a todos los rasgos de esta economía, algunos datos sugieren que durante la última década la circulación de dinero en el barrio se expandió significativamente.

Uno de ellos es la ampliación notoria de la edificación con materiales como ladrillos y cemento, mucho más onerosos que las chapas y cartones que en otros contextos sirvieron para construir viviendas precarias. Esta edificación está destinada principalmente al mercado de alquileres de piezas (Cravino, 2006; Gago, 2014). A falta de datos precisos sobre la economía del barrio, resulta relevante el contraste con los datos etnográficos de investigaciones que relataron situaciones tales como colectas de pequeños montos de dinero para sostener entre vecinos una copa de leche para los chicos, o bien el hambre que comprometía vínculos sociales tradicionales en barrios populares hacia el cambio de milenio (Manzano, 2013; Epele, 2010). No estoy sugiriendo que se haya terminado la escasez, ni menos la necesidad de dinero, pero sí que la disponibilidad de moneda circulante se incrementó notablemente respecto de los tiempos en que el desempleo alcanzaba valores más elevados. El comedor que funciona en Aprender a Trabajar aporta otro dato contrastante: mientras que a principios del milenio se formaban largas colas para acceder a un plato de comida, durante mi trabajo de campo era recurrente que sobraran alimentos, los cuales se distribuían para que los chicos los llevaran a sus casas.

Hasta aquí, el panorama de opciones y posibilidades ligadas al *trabajo* está ubicado entre las calles, las distintas agencias y programas estatales emplazados en el barrio y la economía oculta de los talleres textiles. Y también existen otras economías ocultas con presencia en el barrio: las del robo y el comercio de drogas. Aquí la ilegalidad resulta más notoria para todos, y –como veremos– estas actividades constituyen un factor central de preocupación para trabajadoras y trabajadores estatales. Los *chicos* y *chicas* tienen al respecto actitudes diversas. Y en cualquier caso, más allá de las retóricas, las dinámicas de actividad no configuran escisiones tajantes sino que más bien podrían desdibujar las fronteras entre lo legal y lo ilegal.

En otro orden, la cuestión laboral emerge ligada a la posibilidad de concretar deseos y proyectos (como ponerse un taller mecánico), a historias de migraciones y mudanzas, a experiencias de explotación, a la necesidad de subsistencia, a la posibilidad de discontinuar una relación de pareja mediada por tratos violentos, entre otros aspectos. Y se evidencia un escenario desigual en el cual conviven economías pujantes con los explotados de esos mundos informales: inquilinos, costureros, entre otros. En el próximo apartado veremos de qué manera esta diversidad de cuestiones asociadas al *trabajo* imprime particularidades a las acciones estatales sobre los y las jóvenes que se tramitan diariamente en Aprender a Trabajar.

### 3. El trabajo y el “otro camino”

En la puerta de Aprender a Trabajar solían reunirse jóvenes a conversar e intercambiar relatos de hazañas y virtudes de los objetos que consumían. En esas exhibiciones, el interés se concentraba en los artículos más onerosos: ropa deportiva de primeras marcas, aparatos electrónicos o zapatillas. Los *chicos* y las *chicas* ponían empeño en el cuidado de su imagen personal, en su mayoría asistían limpios, prolijos y cuando alguno no lo hacía llamaba enseguida la atención de las trabajadoras sociales, que comenzaban a preguntarse si estaría pasando por alguna situación que requiriera su intervención. Ellos preferían la ropa deportiva de talles amplios y los

gorros con visera. Ellas la ropa ceñida al cuerpo, que insinuara sus contornos. Tanto las exhibiciones de objetos como el vestuario daban lugar a tensiones con los docentes de los talleres. Las primeras, porque generaban dudas en torno a cómo habían obtenido aquello que exhibían. Además, podían ser motivo de conflicto entre jóvenes, como una vez que Ernesto le prestó a otro joven un abrigo de una marca reconocida y luego reclamó su devolución con enojo durante algunas semanas, hasta que finalmente pudo tenerlo de nuevo consigo. En cuanto al vestuario, en especial las gorras y las bermudas, si bien los y las talleristas no cuestionaban su uso cotidiano, sí observaban que resultaban inadecuadas para presentarse a trabajar.

La relevancia del estilo y de los consumos culturales para la producción de sí de los y las jóvenes (Manzano, 2010; Reguillo, 2000; entre otras), se volvía evidente en esas situaciones. Allí se expresaba, además, una voluntad de acceder al consumo que era percibida y comprendida por los trabajadores de Aprender a Trabajar. Algunos de ellos cuestionaban esos consumos reflexionando sobre los modelos y condiciones sociales desde los cuales aquellos son promovidos.

Por otra parte, las conversaciones entre ellos en la puerta daban lugar al relato de hazañas urbanas: una pelea, una burla osada, inclusive pude escuchar el relato elíptico de algo que pudo haber sido un hurto. Estas conversaciones daban lugar así al despliegue de una sociabilidad en la cual se valoraban especialmente ciertos bienes de consumo y también una capacidad de disputa por medio de la fuerza física que desde la sociología fue interpretada en términos de un capital agonístico que reviste una imagen de virilidad (Mauger, 2016).

Los *chicos* y *chicas* manifestaban también de otros modos su interés por el dinero. Por ejemplo, en ocasión de un Taller de Orientación Laboral donde estaban aprendiendo a leer avisos clasificados de diarios, dos jóvenes en tono provocativo leyeron: “*Gane más de \$10.000*”. Y otro: “*Señorita para privado, zona oeste, \$300 por día*”. Varios de los presentes comentaron, entre risas, que esos avisos –los cuales ofrecían sumas cuantiosas de dinero en comparación con otros trabajos posibles– resultaban “raros”.

Aun cuando los trabajadores podían cuestionar los deseos y modelos de consumo, cuando podían promovían iniciativas para que *chicos* y *chicas* accedieran a algún dinero. Una de esas ocasiones fueron los “proyectos” en torno a los cuales se organizó la actividad diaria de los talleres en el año 2011. Para ello conformaron dos grupos que llevarían a cabo, en un caso, la edición de una revista con avisos publicitarios de comercios del barrio. Y en el otro una remodelación del *salón del fondo*, el espacio cerrado más grande de la sede de Aprender a Trabajar, donde tenían lugar numerosas actividades. Allí se proponían construir una “Sala de Cine” para el barrio.

El trabajo “por proyectos” se inscribía en Aprender a Trabajar pero también en una política del Consejo de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, que otorgaba subsidios para propuestas formuladas por jóvenes. El subsidio permitiría abonar una suma mensual de entre doscientos y cuatrocientos pesos a cada participante, y también comprar materiales tales como pintura, hierro, o abonar servicios de imprenta y otros necesarios para llevar a cabo los planes. Para ello se realizó una reunión con el objeto de comunicar a jóvenes y adultos a cargo de aquellos la propuesta. De la reunión participaron alumnos y alumnas de los talleres de oficios, docentes y

también varias madres y un padre. Los interesados en participar debían inscribirse presentando fotocopia de su DNI, y una autorización firmada por un adulto responsable, a los fines de la gestión de cobro del subsidio.

El *proyecto* perseguía varios objetivos, entre ellos, distribuir sumas de dinero entre los y las jóvenes participantes; afianzar el aprendizaje de oficios; actualizar los vínculos con instituciones, comercios y vecinos del barrio (invitados al cine o a publicar en la revista); mejorar el estado del salón; contar con una sala que permitiera realizar actividades con mayor cantidad de invitados en mejores condiciones (por ejemplo, con sillas para todos); y también otros dos que con el tiempo devinieron en fundamentales teniendo en cuenta el tiempo y la energía dispensados en ellos: comprometer la asistencia diaria de *chicos y chicas* y debatir con ellos, mediante ejemplos prácticos, cuestiones tales como las maneras de relacionarse en el trabajo y los usos del dinero. Las tareas propias de la refacción en el marco del proyecto Sala de Cine, estuvieron a cargo de Fernando, un hombre que promediaba los treinta años, había sido alumno de Aprender a Trabajar en la época de sus inicios y ahora trabajaba allí como docente de Electricidad. En aquella reunión con madres, un padre y varios chicos, Fernando afirmó:

*La idea de esto es que ellos puedan tener un compromiso con el trabajo de mañana, porque el día de mañana no van a poder decir 'llegué tarde, no lo hice, me olvidé'. La idea es que asuman una responsabilidad porque en el trabajo uno se perjudica si no, y perjudica a otros.*

Para Fernando, esta idea de “*compromiso con el trabajo*” se traducía en la asistencia diaria, el cumplimiento de horarios establecidos y en la “*capacidad de planificar*”. El supuesto era que visualizar metas concretas podía estimular la asistencia, y la beca reforzaría el estímulo, así como podía también movilizar el apoyo de algunas madres y algún padre.

Una semana después de la reunión referida, los *proyectos* se pusieron en marcha. Los integrantes del grupo abocado a la “Sala de Cine” comenzaron vaciando y limpiando el salón, preparándolo para el inicio de las refacciones. Al finalizar la primera semana de trabajo se realizó una reunión para planificar los objetivos de la semana siguiente. Allí acordaron picar las paredes y el techo. Desde entonces, semana tras semana los días viernes realizaron reuniones donde jóvenes y adultos discutían y planificaban los objetivos de la semana siguiente. Las denominaron “Taller de seguimiento de proyectos” y se fueron instaurando como un espacio/tiempo de evaluación y autoevaluación del trabajo realizado.

En el “Taller de seguimiento de proyectos” se analizaban los avances respecto de la planificación establecida la semana previa, las tareas realizadas por cada uno, los conflictos y situaciones riesgosas, como una vez que Fernando regañó a dos *chicos* por haber estado bromeando subidos a un andamio. Asimismo, se discutían criterios tales como qué hacer ante las inasistencias reiteradas, situaciones ante las cuales algunos jóvenes sugerían que por cada inasistencia debía descontarse un monto del pago, como principal modalidad de reprimenda. Fernando y también otros docentes rechazaban de plano estas propuestas inclinándose por modos de regulación que consistían en verbalizar, señalar conductas y exponer situaciones a la discusión co-

lectiva. Por otra parte, cada vez que había oportunidad algunos de los *chicos* y *chicas* se ocupaban de mostrarnos orgullosamente, a quienes quisiéramos observar, los avances alcanzados o su participación personal en alguna tarea.

Las reuniones de los viernes eran cordiales y afectuosas pero se complementaban con otros mecanismos de regulación. Por ejemplo, el regaño por haber “jugado”, refería a una escena en la cual cuatro jóvenes saltaban al mismo tiempo sobre un andamio. Uno de ellos era Pedro, que amenazaba con “*hacer juicio a Aprender a Trabajar*” si se lastimaba. Se resistió a descender hasta que Fernando subió “*para bajarlo*” y en ese movimiento fue este último quien sufrió un fuerte golpe. Entonces, decidió separar a los participantes del proyecto en dos grupos a los cuales les asignó tareas diferenciadas “*para que se vea quién trabaja y quién no*”. Juana, estudiante de sociología y docente de Orientación Laboral, hubiese preferido trabajar en el taller de los viernes sobre los “Accidentes de trabajo” como contenido temático. En cambio Fernando optó por establecer varios límites: hacia la situación concreta, hacia Pedro y dos de sus amigos, quienes en su perspectiva dificultaban avanzar con los trabajos. Y también hacia la voluntad de Juana de regular la situación por medio del diálogo y el análisis de normativas de seguridad laboral, algo que para Fernando no resultaba siempre adecuado.

Las energías vertidas en discutir, evaluar, conducir y modificar las conductas, y en particular los modos de *trabajar* y de comportarse y relacionarse en el *trabajo* llamaron mi atención en el marco del proyecto Sala de Cine pero también en otros momentos. Por ejemplo un encuentro mensual de todos los jóvenes y trabajadores del turno mañana, denominado “Intercambio”, donde se trataban “temas grupales” en los cuales se establecían normas y criterios relacionados con los modos de actuar ante proyectos tales como un paseo fuera del barrio, una jornada de trabajo voluntario, u otras. También en el denominado “Espacio de las mujeres”, donde se debatían los vínculos de pareja y los modos de crianza y donde las trabajadoras sociales procuraban favorecer las condiciones para que las *chicas* pudieran salir a trabajar.

En distintos talleres y momentos se discutió la cuestión de qué significa ser *adolescente* o *joven*, y más en particular sobre la imagen difundida en los medios de comunicación sobre los jóvenes de barrios populares, que de manera insistente asocia juventud y pobreza con violencia y delito callejero. Estas discusiones procuraban comparar aquellas imágenes estigmatizantes con las experiencias de los *chicos* y las *chicas* de Aprender a Trabajar y con las miradas que ellos tenían sobre sí mismos. Así, los trabajadores de Aprender a Trabajar procuraban distanciar, diferenciar ambas imágenes y los adolescentes coincidían en afirmarse en cuestiones que no aparecían reflejadas en aquellos estereotipos. Pero estaban también aquellos que bromeaban sobre el tema, como Abel, quien dijo en una oportunidad: “*yo quiero ser malo*”. Tanto las bromas como esta expresión de un adolescente especialmente tímido, retraído, alertaban sobre los códigos de sociabilidad, como un indicio de que algunos jóvenes podían verse obligados a infundir temor en sus pares o bien a mostrar bravura para ser respetados<sup>11</sup>.

Esos códigos de sociabilidad son percibidos por los trabajadores de Aprender a Trabajar como un “riesgo” omnipresente que es preciso confrontar, en particular en lo que refiere al consumo. Para ello, la apuesta de Aprender a Trabajar es al *trabajo*

y la educación, en sintonía con las políticas de juventud en distintos niveles. El *trabajo* es una meta, un horizonte que se construye diariamente. Y la educación representa la manera fundamental en que se tramitan las posibilidades de iniciarse y afianzarse en la construcción de ese horizonte. Con estos acuerdos fundamentales, conviven de manera más o menos conflictiva distintos sentidos y formas que adquiere esa pedagogía orientada al *trabajo*.

Para algunos trabajadores lo importante es ocupar el tiempo de los jóvenes con actividades que limiten la exposición a los “peligros” de la calle. Otros discuten esa visión y consideran en cambio que el aporte fundamental de los talleres de oficios no pasa por la cantidad de tiempo ocupado sino por la “calidad” de la propuesta. Es la opinión de Cecilia, docente de Lectoescritura en Aprender a Trabajar desde 2001 y oriunda del Bajo Flores:

*Acá están 4 horas, no queremos estar las 24 horas detrás de ellos. Y en el medio está todo eso que ya sabemos: pobreza, exclusión, armas, la maldita droga, el deterioro (...) Yo pienso que no podemos tenerlos debajo de la pollera. Obvio que afuera es la jungla pero si estás todo el día... cuando no estás el pibe no puede solo. (...) Lo asistencial no va. La culpa no va. El tiempo libre no lo manejamos acá. El tema es la calidad de lo que les ofrecemos.*

Sin duda, la “calidad” es un concepto que puede referir a contenidos de lo más diversos. Pepe, fundador y coordinador general de Aprender a Trabajar, abogaba por una mirada crítica en sentido amplio, vinculada con las presiones a las cuales los y las jóvenes son sometidos y cuya elusión requiere de mucha “convicción” y también de acompañamiento adulto. Desde esta perspectiva, el problema está en la desigualdad y en las pautas de consumo que “la sociedad” les impone a los *chicos*. Para confrontarla propone la reflexión crítica (y también acciones directas de protesta que no he tratado en este artículo). En sus palabras:

*En la urgencia de buscar soluciones para las situaciones tan precarias que viven los pibes, complicada, nos olvidamos de hacer que es el tema de cómo trabajar y generar el tema de la conciencia crítica y yo digo propositiva también, ¿no? Porque no sólo queda en criticar lo que hay. Esto de pensarse desde por qué hay barrios pobres y barrios ricos, por qué hay pobreza en un lado y exceso de riqueza en otro y no quedarnos en que ‘Ah, bueno, pobre, le conseguimos la beca, tienen el comedor, los ayudamos en la escuela’ (...) Nosotros acá llevamos 20 años y tenemos más de 10 chicos muertos, viste. Algunos muertos por problemas de salud, que son los menos. Y otros porque estaban transitando... venían acá y querían zafar pero a la vez seguían transitando el otro camino. Y bueno. Cuando la sociedad te exige, para ser alguien, tener determinada cantidad de cosas, la propuesta más rápida o más fácil es la que vas a... en algún momento, por alguna urgencia, por alguna presión, vas a... si yo te digo vení, vamos a hacer rejas. En 3 meses, vos podés sacar plata para poder vivir más o menos. Pero si a vos te ponen que te tenés que comprar una cosa de 3, 4 mil pesos ya, porque si no sos feo y distinto... y bueno, si alguien te da la oportunidad, tenés que ser muy firme para resistirse a todo eso.*

Las miradas sobre cómo trabajar con los *pibes* son divergentes pero tienen en común una lectura dicotómica en la cual droga y prácticas ilegales como el robo forman parte de un “otro camino” respecto de aquel en el cual Aprender a Trabajar pretende iniciar a los jóvenes: el “camino del trabajo”. Más allá de lo discutible que resulta esta dicotomía, interesa señalarla porque resulta constitutiva –pese a los esfuerzos que realizan para confrontar esas imágenes– de las miradas que los trabajadores de Aprender a Trabajar expresan sobre los jóvenes del barrio y también del modo en que construyen y evalúan su propia acción política. Desde ya, esta afirmación no supone que consideren los “dos caminos” como mutuamente excluyentes. Lejos de eso, emergen de sus testimonios como alternativas que coexisten en las vidas de jóvenes con quienes trabajan. Al mismo tiempo, ni es cierto que todos los *pibes* del barrio estén involucrados en prácticas como el robo o el consumo o venta de drogas (prácticas que por otra parte no son homogéneas), ni es eso lo que piensan estos trabajadores (que tampoco piensan todos de la misma manera). Por el contrario, lo que se afirma (y teme) es que esa posibilidad es una opción bastante extendida en el barrio, en “la jungla”, lo cual se agrava por la presión social que ejercen modelos de éxito personal ligados al consumo y los códigos de socialización que ponderan la virilidad y la fuerza física (el capital agonístico), azuzados por las estigmatizaciones mediáticas sobre los jóvenes de barrios populares.

La oposición dicotómica entre los dos “caminos” remite a la que identificó Wacquant (2006) entre un gimnasio de aprendizaje y práctica de boxeo y las calles de un gueto negro en Chicago. El autor encontró en el gimnasio un espacio donde se enseñan las habilidades técnicas y los saberes estratégicos necesarios para forjar a un púgil, pero asimismo halló en el gimnasio una función de aislamiento, de escudo respecto de la inseguridad y las presiones de la vida en el gueto. Y un aspecto fundamental de la construcción de esa dicotomía, y de ese carácter protector, es el hecho de que el gimnasio es una escuela de moralidad, en el sentido de que promueve la disciplina, la vinculación al grupo (lazos sociales, vínculos afectivos), el respeto por sí mismo y por los demás. En el gimnasio, un “*programa de vida*” sumamente exigente invita al individuo a descubrirse y transformarse a sí mismo, resignificando los sentidos morales y los usos de la fuerza física y la virilidad. Esta construcción física y moral del boxeador, y el esfuerzo que supone, sólo se comprende ampliando la mirada a la estructura de oportunidades que el barrio ofrece, que se distribuyen entre la escuela, los trabajos menos calificados y las redes y actividades de la economía callejera.

En la dicotomía Aprender a Trabajar/camino del *trabajo* – *jungla/otro camino* el joven es concebido como un ser débil (no muy fuerte, no muy convencido)<sup>12</sup> y expuesto a las “otras ofertas”. El “camino del delito” es definido como “otro” en contraposición al “camino del trabajo” en tanto fuente de ingresos. Desde esta concepción, Aprender a Trabajar propone el aprendizaje de oficios como un modo de disciplinamiento que supone la apropiación de técnicas corporales y otras regulaciones como el cumplimiento de horarios y el uso adecuado de máquinas, herramientas y andamios. Complementariamente, se abordan asuntos relativos a cuál es el vestuario adecuado para salir a buscar trabajo y cuál es el lenguaje apropiado a utilizar. De esta manera, las prácticas normativas que se impulsan en Aprender a Trabajar, se articu-

lan en torno a la formación laboral y secundariamente se apoyan en la crítica social como instrumento de autogobierno, de formación de una conciencia capaz de guiar al joven por el “camino” del trabajo y de la “lucha” (por sus derechos y por la transformación social). Así se promueve un cierto control físico-moral.

Del mismo modo que la dicotomía que identificó Wacquant, ésta se comprende situada en el barrio, en su economía, en los modos en que es percibida y significada por los adultos y también por jóvenes que expresan una necesidad de ser “malos”, de mostrar una virilidad que se exterioriza en desafíos ostentosos como modo de construir para sí lo que Bourgois (2010) llamó el “respeto” y otros autores analizaron en términos de “honor” (Garriga Zucal, 2010) o “capital agonístico” (Mauger, 2016). Ese modo de valorización de sí, que se asienta en una capacidad de confrontación pero también en una serie de lenguajes tales como la estética corporal, el consumo de objetos que hacen a la construcción de esa estética –como la ropa deportiva– o la oratoria, constituye una “presión” como la que mencionaba Pepe. Todo ello configura estas políticas y sus objetivos. De esta manera, los esfuerzos diarios de trabajadores y trabajadoras estatales no se orientan solamente ni principalmente a la inserción de los *pibes* y *pibas* en el empleo sino que procuran fomentar su preparación para un *trabajo* que se vislumbra en el horizonte (de las familias, de los vecinos, de ex alumnos, etc). Como me dijo el docente del taller de Construcciones en una entrevista realizada en 2015:

*La experiencia es buena. Algunos se han recuperado, otros no. Pasa que nosotros trabajamos sobre una línea muy delgada, tenemos pibes que están muy en el borde. (...) Si lo vemos que no tiene pasta de alto chorro<sup>3</sup>, lo traemos a trabajar con nosotros. (...) Pero si no podemos recuperar a los pibes, Aprender a Trabajar como proyecto fracasa.*

#### **4. De la promoción del “trabajo decente” a la regulación de las economías populares: políticas y modos de transitar la juventud**

En este artículo procuré contribuir a comprender los modos de vida y de gobierno de las juventudes tal como se configuran en un barrio popular del sur de la Ciudad de Buenos Aires. Para ello exploré las opciones de vida y de inserción laboral que se abren para jóvenes con quienes interactué entre 2009 y 2015. Lejos de los cánones del “trabajo decente”, estas opciones se orientan: a una economía callejera en la cual se destaca el comercio, entre otras actividades, mayormente informales; al trabajo en el marco de políticas y agencias estatales; a rubros socialmente valorados como de “escasa calificación”: construcción, limpieza, recolección de residuos y transporte (informal). Paralelamente, la dedicación a la vida doméstica en el marco de economías familiares compuestas por otros ingresos y también por la percepción de subsidios, era una posibilidad seguida por algunas mujeres.

Las experiencias mostraron asimismo la violencia a la que han sido sometidos varios de estos jóvenes, en trabajos que en términos generales ni siquiera permiten niveles de acceso al consumo tales como los que ellos y ellas aspiran a conseguir, lo que supone una doble violencia. Y también figuraba la opción de buscarse la vida por “el otro camino”, donde la violencia a la que podrían quedar expuestos parecía

ser aún mayor, como le sucedió a Ernesto, que fue detenido o a los “chicos muertos” que frecuentemente rememoraba Pepe.

Aun considerando la diversidad de posibilidades y la desigualdad de condiciones de vida que pueden observarse en el Bajo Flores, parece claro que para los habitantes del barrio fue posible en los últimos años tener un trabajo legal o bien ganar buen dinero. Pero fue improbable acceder a trabajos que combinaran ambas situaciones. De esta manera, el escenario que se configura para los y las jóvenes del Bajo Flores (y de otros barrios en Argentina, como han señalado otras investigaciones citadas), es de una notable precariedad: trabajos sin protecciones sociales, remuneraciones exiguas, actividades de corta duración, o bien emprendimientos comerciales más rentables pero cuya sustentabilidad está supeditada a la falta de controles, dada su informalidad – y en algunos casos ilegalidad.

En este marco de posibilidades, los trabajadores y trabajadoras de políticas estatales orientadas a jóvenes forjaron iniciativas para generar oportunidades de acceso a un trabajo y a algún dinero para los *pibes*, sin ceñirse a la idea de un “trabajo decente”, ni siquiera de uno asalariado. Si bien el trabajo político con los y las jóvenes sigue atendiendo a cuestiones ligadas a la denominada “empleabilidad” tales como el cumplimiento de horarios o el aprendizaje de oficios, los esfuerzos cotidianos y las preocupaciones que enuncian los trabajadores estatales, así como los sueños que narran los chicos, colocan el consumo y el peligro con centralidad.

En ese sentido, la construcción simbólica del Bajo Flores como una “jungla” cargada de peligros, que sitúa la calle y Aprender a Trabajar como opciones dicotómicas asociadas a elecciones de vida antagónicas –el trabajo o el delito–, fundamenta una modalidad de intervención en la cual priman el cuidado, el afecto, la protección, más que la “seguridad” económica o la seguridad social en los términos en que podría protegerla el salario. Por ejemplo, en el Proyecto Sala de Cine, el aprendizaje de oficios se conjuga con el acceso al dinero y deja ver también la preocupación por disciplinar la vida y la reproducción de estos jóvenes por medio de iniciativas tendientes a que se comprometan con las tareas programadas y con sus pares, que visitan ciertas ropas y no otras, que pasen en los talleres un tiempo que se resta al estar en la calle y también a que se involucren en trabajos que, como la refacción del salón del fondo, no estén reñidos con la ley.

Así, este artículo propuso, por un lado, un recorrido por opciones de vida, posibilidades de trabajo a las cuales acceden habitantes del Bajo Flores, mujeres y varones jóvenes, lo que da lugar a una economía política situada espacial y temporalmente. Por otro, una indagación respecto de los códigos de sociabilidad que expresan los *chicos* y *chicas* del barrio y un análisis sobre cómo tanto estos códigos como algunas opciones de vida son conceptualizados por trabajadores estatales y cómo, en relación con sus análisis, intentan regular los acercamientos juveniles al dinero: promoviendo un control físico-moral a través de usos del tiempo; del aprendizaje de técnicas corporales (como las que se requieren para practicar oficios) y generando trabajos en marcos de legalidad.

Enfocar en detalle las posibilidades de vida y de trabajo, así como las acciones cotidianas de un conjunto de personas y también los relatos sobre sus sueños y preocupaciones –que lejos de ser unánimes evidencian tensiones, debates y modos de

trabajo en los cuales se juegan sueños, imaginarios, proyectos, ansiedades y necesidades urgentes–, permite comprender cómo es que algunas políticas destinadas a promover la empleabilidad juvenil, al menos de acuerdo a sus enunciados normativos, se redefinen. Observar los procesos y los sujetos que dan vida a las estructuras macroeconómicas y a las instituciones tradicionales permite captar que las condiciones de posibilidad inmediatas, los modelos de consumo, los códigos de sociabilidad, condicionan y dan formas particulares a las acciones de jóvenes y trabajadores estatales configurando modos específicos las políticas de juventud y los modos de vivir este momento de la vida.

De manera articulada, este artículo también dio cuenta de una politicidad de las acciones juveniles. Por ejemplo, las inasistencias de Mario y su consumo de sustancias, la exhibición de objetos onerosos o los pequeños desafíos cotidianos de Pedro, exhiben aspectos de la manera en que estas políticas y el Estado son producidos; de sus márgenes y sus limitaciones<sup>14</sup>. Al igual que la negativa de Andrea a poner en palabras, a exponer, aspectos de su vida. Vistas de este modo, las acciones de *chicos* y *chicas* hablan sobre sus aspiraciones, posibilidades, resistencias, también sobre el deterioro al cual pueden quedar expuestos en parte por efecto de sus propias conductas (siempre condicionadas). Como señalaron Bourgois (2010) y Epele (2010), las acciones juveniles, aun cuando pudieran ser autodestructivas, hablan de las formas particulares que imprimen los y las jóvenes a la dominación a la cual están sometidos. Y con ello, muestran los modos en que estas acciones inciden en la redefinición cotidiana de modalidades y objetivos de las políticas de juventud.

En esta línea de reflexiones, repensar el neoliberalismo en términos de gubernamentalidad permite captar una multiplicidad de sentidos y resistencias que se gestan, crecen, disputan, se modifican en la producción diaria de políticas de juventud, tomando distancia –como sugirió Gago– de los usos del vocablo que lo consideran autoevidente. Pero no habilitan a suponer una resistencia unificada, unívoca, que permita identificar “un sentido contrario” producido “desde abajo” a lo que podría imponerse “desde arriba”. Por el contrario, como advirtió Gramsci, las expresiones que confrontan al poder dominante, son fragmentarias, contradictorias, desarticuladas (Corrigan y Sayer, 2007). Y no es que por ello los sujetos no resistan ni logren afectar sus modos y condiciones de vida. Pero la fragmentación ilumina, nuevamente, las condiciones de desigualdad en las cuales se libran esas batallas.

*Recibido el 30 de octubre de 2017. Aceptado el 26 de junio de 2018.*

\* *Paula Isacovich* es Doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, docente de la UBA y de la Universidad Nacional de José C. Paz. La investigación que sustenta este artículo fue financiada por el CONICET por medio de becas de doctorado y postdoctorado, y por subsidios de la UBA. Ha publicado artículos en revistas y libros especializados, basados en estudios antropológicos sobre procesos políticos ligados a jóvenes. Email: paulaisacovich@gmail.com

---

## Notas

<sup>1</sup> Se puede consultar Van Raap, 2010.

<sup>2</sup> La expresión refiere a una categoría de la Organización Internacional del Trabajo, la cual: “(...) busca expresar lo que debería ser, en el mundo globalizado, un buen trabajo o un empleo digno. El trabajo que dignifica y permite el desarrollo de las propias capacidades no es cualquier trabajo; no es decente el trabajo que se realiza sin respeto a los principios y derechos laborales fundamentales, ni el que no permite un ingreso justo y proporcional al esfuerzo realizado, sin discriminación de género o de cualquier otro tipo, ni el que se lleva a cabo sin protección social...”, ([http://www.ilo.org/americas/sala-de-prensa/WCMS\\_LIM\\_653\\_SP/lang-es/index.htm](http://www.ilo.org/americas/sala-de-prensa/WCMS_LIM_653_SP/lang-es/index.htm)”, 2016).

<sup>3</sup> La investigación se desarrolló entre 2009 y 2015 y contó con el apoyo de dos becas doctorales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. El trabajo de campo intensivo tuvo lugar principalmente en dos etapas, la primera de 10 meses de duración en 2010 y la segunda de 6 meses de duración en 2011. Luego de ello realicé numerosas visitas, en especial para realizar entrevistas o asistir a eventos particulares. En el marco del trabajo de campo observé situaciones de clase, reuniones de trabajo, movilizaciones, almuerzos en el comedor, entre otras situaciones. Y me vinculé con jóvenes, trabajadores estatales y militantes barriales, principalmente, aunque también con algunos familiares de los y las jóvenes.

<sup>4</sup> Los nombres han sido modificados para preservar la identidad de las personas.

<sup>5</sup> Las cursivas señalan términos nativos.

<sup>6</sup> Término lunfardo que refiere a tareas remuneradas ocasionales, de corta duración.

<sup>7</sup> El compuesto conocido como “paco” es un estupefaciente fuertemente adictivo y dañino elaborado en base a residuos de la producción de cocaína, que se fuma en pipa y es más económico que otras sustancias.

<sup>8</sup> La Asignación Universal por Hijo es un

monto fijo de dinero que mensualmente la Administración Nacional de la Seguridad Social otorga, por cada hijo menor de 18 años, a personas desocupadas, empleadas en forma irregular o que perciben ingresos por debajo del Salario Mínimo Vital y Móvil.

<sup>9</sup> “Reconstruyendo Lazos”, es un programa del Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, dirigido a jóvenes de 16 a 21 años. El programa los vincula a empresas, comercios e instituciones para “hacer una experiencia de trabajo remunerado”, en el marco de un contrato a término financiado por el Gobierno de la Ciudad. Pasantía es el término utilizado en Aprender a Trabajar para designar esas “experiencias”.

<sup>10</sup> Se trata de un organismo dependiente del Gobierno de la Ciudad, creado por la Ley N° 114, encargado de garantizar el cumplimiento de los derechos establecidos por dicha Ley y por la Constitución de la Ciudad.

<sup>11</sup> Estos modos de construcción del “respeto” fueron estudiados en profundidad por Bourgois (2010), entre jóvenes vendedores de crack en Harlem, Nueva York. Actualmente Cozzi (2014) estudia el tema en la ciudad argentina de Rosario. En otros contextos como los de las hinchadas de fútbol, Garriga Zucal (2010) también mostró el valor positivo que adquiere la capacidad de confrontación física y de la construcción de una imagen de sí ligada a ello para la producción del *honor*.

<sup>12</sup> Tal como señaló Chaves (2010) los discursos sociales definen en su mayoría a los jóvenes como personas inseguras, incompletas, suponen que ello aumenta su posibilidad de “desviarse” y tornarse peligrosos, para otros o para sí mismos.

<sup>13</sup> La expresión “pasta de alto chorro”, en lenguaje coloquial, refiere a las condiciones para dedicarse al delito callejero.

<sup>14</sup> Para mayores referencias a esta idea ver Isacovich (2013)

## Bibliografía

- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Casal, J.; García, M.; Merino, R.; y M. Quesada. (2006). "Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición". *Paper; Revista de Sociología*, Barcelona, 79: 21-48.
- Centro de Estudios para el Desarrollo Económico Metropolitano (CEDEM) y Dirección General de Estadística y Censos (2014). *Situación del mercado laboral en la Ciudad de Buenos Aires: análisis de la situación por área y Comuna*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Corrigan, P. y Sayer, D. (2007). "Introducción a El Gran Arco: La formación del Estado inglés como revolución cultural". En: Lagos y Calla (comp.) *Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina* (pp. 39-116). La Paz: INDH/PNUD.
- Cozzi, E. (2014). "Los tiratiros. Usos y formas de la violencia altamente lesiva entre jóvenes en la ciudad de Santa Fe". *Estudios – Revista del Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba*, 32: 265-284.
- Cravino, M.C. (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines: Instituto del Conurbano-UNGS.
- Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Garriga Zucal, J. (2010). "Violencia: un concepto difícil de asir". *Antropolítica, Revista de Antropología contemporánea*, 29: 225-241.
- Gentile, M.F. (2017). *Biografías callejeras. Cursos de vida de jóvenes en condiciones de desigualdad*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Isacovich, P. (2013) "Hacer el Estado, regular la vida. Una etnografía de políticas de juventud". En: *Revista Avá*, N° 22. Posadas: Programa de Posgrado en Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones. ISSN: 1515-2413. Pp. 33 a 56.
- Jacinto, C. (2010). "Veinte años de políticas de formación para el empleo de jóvenes vulnerables en América Latina: persistencias y reformulaciones". En: C. Jacinto (Comp.), *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades* (pp. 119-148). Buenos Aires: Teseo, IDES.
- Jacinto, C. y Millenaar, V. (2010). "La incidencia de los dispositivos en la trayectoria laboral de los jóvenes. Entre la reproducción social y la creación de oportunidades". En: Jacinto, C. (comp) *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades* (pp. 181-224). Buenos Aires: Teseo.
- Manzano V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria.
- Manzano V. (2010). "Ha llegado la 'nueva ola': música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966". En: Cosse, I.; Felitti, K. y Manzano, V. (eds.) *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina* (pp. 17-86 ). Buenos Aires: Prometeo.
- Mauger, G. (2016). "Sociología de la situación de investigación. Una clave de inteligibilidad del "espacio de estilos de vida desviantes" de jóvenes de clases populares". *Revista Ensamblés*, 3 (4/5): 158-164.
- Millenaar, V. (2010). "La incidencia de la formación para el trabajo en la construcción de trayectorias laborales de mujeres jóvenes." En: C. Jacinto (Comp.). *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades* (pp. 297-330). Buenos Aires: Teseo, IDES.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.
- Salvia, A. (2013). *Juventudes, problemas de*

*empleo y riesgos de exclusión social*. Berlín: Friedrich-Ebert-Stiftung.

Van Raap, V. (2010). *Educación, políticas sociales y acceso al mundo del trabajo: un estudio acerca de la desigualdad de oportunidades para los jóvenes en la Argentina*. Tesis de Maestría en Políticas Sociales. Facultad de Cien-

cias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Vázquez, M. (2015). *Juventudes, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.